

---

*ESCRITO PARA NO MORIR. BITÁCORA DE UNA MILITANCIA*

MARÍA EUGENIA VÁSQUEZ PERDOMO

ILSA-Ministerio de Cultura.

Bogotá 2001, segunda edición. 490 páginas.

---

Hécuba: –¡Aqueos! Toda vuestra fuerza la tenéis en las lanzas, no en la mente. ¿Qué temiais que os hizo matar salvajemente a este niño? ¿Que Troya caída se pusiera en pie

una vez más? Entonces vuestra fuerza no significó nada.

Cuando era afortunada la lanza de Héctor, y numerosas manos

fuertes estaban prestas a ayudarle, fuimos sin embargo destruidos.

Ahora que la ciudad ha caído, destruidos los frigios,

¿os aterrorizaba este niño? Desprecio el miedo de quien teme sin reflexionar.

EURÍPIDES, *Las Troyanas*

DESDE QUE A MEDIADOS DE LA DÉCADA DE 1980 COMENZARON LOS diálogos entre los grupos guerrilleros y el estado colombiano, se han editado varios documentos que narran, describen o juzgan la historia de grupos que optaron por renunciar a la confrontación armada entre 1990 y 1994, como el M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, la Corriente de Renovación Socialista –disidencia del ELN–, las Milicias Populares de Medellín y el Frente Francisco Garnica. En total cerca de seis mil combatientes. Sobre ese tortuoso proceso hay documentos –escritos, audiovisuales, fotográficos– aportados por periodistas, politólogos, historiadores, sociólogos, ex militantes y simpatizantes de los grupos, civiles afectados por sus acciones y ex militares que los enfrentaron. El libro de María Eugenia Vásquez Perdomo es una nueva fuente de información sobre el M-19, contada desde la perspectiva de una de sus integrantes. Su testimonio de vida y militancia obtuvo un premio nacional de cultura y su derecho a ser publicado. Pero si uno –o una, para que el asunto tenga algo de género– soporta la lectura de todo el libro puede encontrar, además, una autobiografía, una obra literaria, un trabajo de grado en antropología,

un notable ejercicio etnográfico y una ventana al surgimiento, maduración y fracaso de una generación de antihéroes y la organización insurgente que conformaron.

Lo de *soportar la lectura* no significa que la redacción del texto sea mala o que utilice la jerga antropológica de sobreestrújulas de los últimos años o que no llegue a desarrollar alguno o ninguno de los aspectos mencionados. Digo *soportar* por esa combinación de tragedia, esperanza, tenacidad, humor y absurdo que produjo cada una de sus páginas. Esto ocurre porque el relato sigue un orden cronológico, desde comienzos de la década de 1950 hasta finales de la de 1980, pero se hace mezclando el apasionamiento de una adolescente llena de esperanzas –con un proyecto de vida por delante–, con las reflexiones de una mujer madura que ha vivido con la suficiente intensidad como para ver traicionados o frustrados muchos de sus proyectos, pero que saca(n) de su experiencia de vida militante la terquedad necesaria para seguir en la lucha diaria.

A esto se suman momentos fugaces de alegría y perplejidad en medio del absurdo de la lógica de la guerra y las incertidumbres de *la paz* –como candorosamente se le llama a la ausencia de conflicto armado–. Estos son, en parte, el fruto de todas las formas de ser –y escribir como– mujer que se pueden ocultar en un mismo cuerpo: la estudiante de pupitre, la estudiante activista, la amante, la hija, la esposa, la madre, la soldado –como ella misma se define en algún momento–, la jefe militante o la antropóloga que le da la cara al espejo etnográfico, a los vacíos que dejan la muerte de seres queridos y a la separación de *la causa* –más de sus métodos que de sus objetivos–. Y, desde luego, también hacen su parte los recuerdos de las muchas vidas paralelas que le ayudaron a vivir en la clandestinidad.

Y uno se pregunta si valió la pena jugarse la vida por *la causa*, ante el rápido inventario que se puede hacer de los fracasos y contradicciones del M-19. No se tomaron el poder, que era, en un comienzo, su objetivo. Partieron de una derrota –o fraude electoral, en 1970, y terminaron desdibujados como partido político y sin votos tras dejar las armas. Combatieron la estructura clientelista del estado y hoy algunos de los sobrevivientes se presentan a elecciones para puestos públicos. Incluso, el comandante que le dio su identidad al M-19 fracasó póstumamente como *profeta de la paz*, cuando su nombre fue retomado en 1994

por otro grupo guerrillero, el Movimiento Jaime Bateman Cayón. Y el pueblo por el que lucharon les cerró la puerta en las narices a los ex combatientes que se dedicaron a buscar empleo legalmente.

Tendríamos que concluir que María Eugenia Vásquez hace parte de una generación de militantes de las décadas de 1960 y 1970 que no son recordados por sus triunfos personales sino por hacer parte de un fracaso colectivo. Pero un fracaso desde la perspectiva de quienes tienen esa imagen apocalíptica e inflexible de la revolución: un grupo de gente armada que llega a la casa o palacio de gobierno y *se toma el poder*. Esa visión nace del sectarismo, mesianismo y la miopía política resumidos en la sentencia de Clausewitz según la cual “La guerra es la continuación de la política por otros medios”; en otras palabras, el espíritu militarista.

Ese espíritu que se apoya en una confusión académica: la fuerza no es *el poder*, es uno de los medios para conseguirlo o para defenderlo. Cuando se gobierna con un garrote la convivencia resultante no se rige por el respeto o la responsabilidad, sino por el miedo, la conjura y el chantaje. Se cree entonces que el problema es cambiar al dueño del garrote, y no ver cómo se desmontan las condiciones que hacen ver como necesario y natural el uso de la fuerza como método de gobierno.

En el momento en que escribo esto hacer tal diferenciación no cambia mayor cosa del horror cotidiano. La lógica del guerrero se ha mezclado con la del asesino: hacer justicia es tomar venganza. Y el dique moral que se construye sobre la perturbación que produce la muerte de un ser vivo –humano, para los antropocéntricos, de cualquier especie, para los ecósofos, un óvulo fecundado para los fundamentalistas– es derribado a diario. Nos hemos acostumbrado a que la indignación no sea un problema ético sino estadístico. Veinticinco mil o cuarenta mil fallecimientos de colombianos y colombianas al año por causa de la guerra *suenan* terrible, pero no es lo mismo que sentir *en vivo y en directo* –por la cercanía física o personal– la muerte –o desaparición o secuestro– de un militar –derechista o izquierdista– o un civil. La de uno solo, no importa que sea negro, indio, mestizo, ganadero, periodista, senador, guerrillero, campesino, mujer, hombre, cura, policía. El caso es que sea un ser humano. Ya era espantoso que la mayoría de ellos y ellas no

hubieran conocido una vida digna –comida diaria, algo de comodidad para dormir, jugar, amar, estudiar, la posibilidad de ser colombianos desde diferentes culturas y autonomías, o la posibilidad de recibir y dar afecto–, como para que, además, ni en su propia muerte pudieran conocer algo de respeto.

En la lógica de la guerra –y en los cálculos de los modelos macroeconómicos– no caben los cuestionamientos de la ética. En la guerra el problema es *ellos o nosotros* –vencer o morir– en lugar de *ellos y nosotros* –cómo negociar la convivencia en la diferencia–. El *enemigo* pertenece a una categoría social específica –oligarquía contra comunistas, ejército/*paras* contra guerrilla, leales contra traidores, gringos contra pueblo colombiano, universidad pública contra privada–; ese esquematismo de blanco o negro facilita la acción *revolucionaria* o, desde el lado estatal –y paraestatal–, la defensa del *orden público*, pero destruye los principios que inspiran el cambio de reglas de convivencia o la defensa de las establecidas.

A mediados de 1987 una de esas miles de muertes ocurridas en Colombia anualmente fue la chispa que devolvió a la vida a una mujer que estaba al otro lado del mundo, en Libia, entrenándose para continuar la guerra. Hasta ese momento, María Eugenia Vásquez había cometido varias locuras, había tenido bastante suerte y había amado sin medida –porque, ¿cómo más se puede amar?– a un país hecho jirones, pero nunca se había imaginado que tuviera que pagar con la vida de un hijo el *hacer la revolución*.

Quienes piensan que una *locura* es llevarse el carro del papá sin permiso, creen que la suerte es un problema de jugar al chance, *querer a Colombia* es hacerle barra a un equipo de fútbol o bien consumir los productos de cierta empresa o artesanías, posiblemente no escuchan muy bien lo que este texto tiene que decir –que depende de lo que uno quiere escuchar–.

En primer lugar que, tal y como dicen que decía Sócrates, una vida sin examen no merece la pena ser vivida. Porque como le dijo doña Clementina Cayón a los periodistas cuando reclamaba los huesos de su hijo Jaime: “Me siento orgullosa de que mi hijo no vino a este mundo sólo a comer y a cagar”.

O dicho de otra manera menos heterodoxa –“porque sí, espere un momento, ¿qué hace una frase como *amar sin medida* o una palabra como *cagar* en una revista de antropología?; ¿qué tiene eso de científico?; ¿qué pasó con eso de la posmodernidad

y la globalización y el discurso?”–, cuando María Eugenia Vásquez entró a la carrera de antropología de la universidad Nacional de Colombia, en la sede de Bogotá, en el segundo semestre de 1970, no entró sólo a estudiar, a conseguir un título y de paso marido con las minifaldas que usaba. Tuvo la oportunidad de darse cuenta en qué país vivía. O más específicamente, más parcamente, de percibir desde la universidad *cómo era* ese país que le pagaba su educación, al asumir una idea de cómo *debía ser*. Porque a diferencia de los físicos o los médicos, las observaciones de los antropólogos –o de cualquier científico social– se ven condicionadas por su posición política. Un cáncer no deja de ser cáncer por el hecho de que el médico sea conservador, liberal, comunista o fascista. Pero la concepción de categorías como *pobreza, aculturación, indio, clase, primitivo, riqueza, historia nacional, libertad o justicia* sí se ven afectadas por la manera como cada investigador entiende el *deber ser* de la vida en común –la política–, la convivencia y conflictos de gente con la misma nacionalidad pero diferente en muchos aspectos –culturales, políticos, económicos, ideológicos–.

La opinión más recurrente por estos días es que vivimos *en otro país*, con respecto al de hace treinta años, cuando surgió la guerrilla urbana: ya no hay dictaduras militares de derecha en Latinoamérica –con excepción de la de izquierda de Cuba–, ni guerra fría –aunque se está a la expectativa de lo que haga Bush Jr.–, ni estatuto de seguridad –aunque no falta el Vargas Lleras o el Gómez Hurtado que pretenden revivirlo–, ni el marxismo Astete en la academia –¿será?–, ni el estado de sitio perpetuo –¿o para allá Álvaro vivamos?–, ni el milimétrico reparto burocrático liberal-conservador –se han sumado agrupaciones gaseosas, *lighth*, que se disuelven apenas pasan las elecciones–.

En 1991 se aprobó una nueva constitución política y un economista pereirano, egresado de la universidad de los Andes, que recibió su candidatura presidencial en un cementerio, le anunciaba –¿o advertía?– a treinta y pico millones de colombianos, *bienvenidos al futuro*. Dos años antes, un funcionario de ancestro japonés del departameto de Estado de Estados Unidos también había hecho otro anuncio, pero al mundo entero: *la historia se terminó*. El ambiente era de *cambio de época*. Además del fin de la guerra fría –por abandono de uno de los contrincantes–, los alemanes tumbaban el muro de Berlín, se desbarataba la URSS –Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas–, las estatuas de

Lenin se desmontaban y vendían en remates y los partidos comunistas entraban en periodo de hibernación. Por su parte, el futuro y la poshistoria tenían como denominador común la democracia como forma de gobierno, y el liberalismo económico como método para alcanzar el cielo, también conocido como *desarrollo, prosperidad, modernización* o, como se decía en tiempos menos eufemísticos y deconstructivos: la riqueza de las naciones.

El *cómo* es este país y el mundo, entonces, ha cambiado. Y el *deber ser* parece que está claro. La gente que trató de hacer la revolución no hizo sino aplazar lo inevitable. ¿O no? Pues no; o al menos eso intenta cuestionar María Eugenia Vásquez con la escritura misma de su biografía. Pero más que eso con la idea de que no hay que sentir vergüenza de una experiencia de vida organizada a contravía de ese *deber ser* que hoy es visto como inevitable. En esa medida no se trata de otro caso de *reinserción intelectual* de la extrema izquierda al *extremo centro* o a la derecha. Se trata de una profundización en la razón de ser de la izquierda y de izquierda –“otra vez, ¿en pleno siglo veintiuno y hablando de izquierda y derecha?; ¿no se ha enterado de que eso son construcciones sociales?”–.

El pensamiento de derecha nos ha legado una historia nacional –y universal– de héroes, caudillos y salvadores de patrias, algo así como la versión *jolivudesca* de la memoria colectiva. ¿Y cómo surgen esos héroes? ¿Por qué son acogidos o recordados? Para explicarlo me aventuro a lanzar la hipótesis de que en el actual contexto de guerra exacerbada y a la espera de las elecciones presidenciales de 2002, ha de revivir el espíritu bélico de los *actores desarmados* –los civiles– que consiste en asumir, sencillamente, que es por medio de la fuerza –al servicio del estado o sus contradictores–, y sin cambiar las reglas del juego político que se organiza la vida en sociedad o se concilian las diferencias. El mismo espíritu militarista que ejemplificó a la perfección, en 1985, el coronel Plazas en la contratoma del palacio de Justicia de Bogotá, cuando dijo a los periodistas que “así se defiende la democracia, maestro”.

Este contexto guerrerrista, la *opinión pública*, que es como los medios de comunicación llaman a los resultados de las encuestas, comienza a reclamar el *hombre que hace falta*, los héroes, el personaje del año, que se espera asuman el poder absoluto –ejecutivo, legislativo y judicial– para *salvar la patria* o la nación.

Uno de ellos fue Julio César, nombrado dictador por el Senado, hace más de dos mil años y asesinado luego por éste mismo para salvar una república romana hundida décadas antes en medio de sucesivas guerras civiles que, paradójicamente, el mismo Julio César había llevado a su fin ante la incapacidad del Senado. Un ejemplo más cercano es el del teniente general y jefe supremo Gustavo Rojas Pinilla, que vino a salvar la patria de la dictadura civil de Laureano Gómez (1950-1953) y la guerra civil conocida como *la Violencia* –la de antes–, por medio de una dictadura militar (1953-1957). Años después, un hijo de Laureano fundó el Movimiento de Salvación Nacional. No tuvo oportunidad de salvar la nación –ser presidente–, pero más tarde fue asesinado, al parecer, porque se negó a ser *el hombre que hacía falta* para ocupar el lugar del presidente Ernesto Samper (1994-1998), previo golpe de estado. Pero eso son especulaciones, como las que hizo Shakespeare, sobre el asesinato de Julio César.

César, Rojas o Gómez son personajes familiares –a diferencia de una tal María Eugenia Vásquez–, porque hacen parte de esa historia –patria, tradicional, nueva o, incluso, algún día, la *posmoderna*– reducida a la biografía de las naciones modernas –o de los imperios antiguos–. Esa que se conmemora en pueblos, plazas y calles con ruinas, museos, nombres y estatuas –sin contar las fiestas patrias, las banderas, himnos y escudos–. Una historia construida con *hechos* escogidos y enlazados en función de la integración de un estado-nación, como Colombia.

La forma como se han construido esas historias de los actuales estados-nación es análoga a la manera como *la negra* Vásquez ha recreado su propia historia personal, la de algunos de sus compañeros de militancia y la del mismo grupo guerrillero.

El problema se presenta cuando estos varios niveles o escalas de la memoria: personal, grupal y nacional se intentan enlazar en un relato único. Se trata de identificar una memoria subjetiva y selectiva con una colectiva-nacional y objetiva, de modo que la nación –la gente– asuma como propios y colectivos los recuerdos personales. Eso fue lo que, a grandes rasgos, se supone que hizo en una larga entrevista un ex presidente de apellido López, que alguna vez hizo creer a sus amigos que era revolucionario y luego estadista y después intelectual, aunque quienes no sufren de amnesia lo reconocen por cínico, calumniador y tacaño.

Creer que existe algo *objetivo* como una historia nacional o universal y que, al mejor estilo *jólivud*, el guión gira alrededor de unos cuantos protagonistas –algún presidente, por ejemplo–, es como asumir que todos los ríos desembocan en el Magdalena, o que, efectivamente, todos los caminos conducen a Roma.

Académica y políticamente, Vásquez trata de mostrar que no había –ni hay– un único camino para la construcción de un estado-nación, que pudo –y puede– construirse de otra manera. Lo que se deriva de esto es que la *historia nacional* no sólo está conformada por los *hechos que realmente ocurrieron*, ni es un relato acumulado inconscientemente a lo largo del tiempo –tal como las chucherías o tesoros que guarda un museo–. Un estado –capitalista o precapitalista–, ya sea que encarne *la voluntad general* o busque *el bien común*, relega sistemáticamente al olvido las memorias individuales y de grupos minoritarios en tanto contradicen la construcción de un único sentido de nación. El resultado es que *la verdad histórica* –o la narración etnográfica– no se refiere sólo a hechos –verídicos– sino que además está ordenada –y selecciona hechos– en función de los valores de quien la narra o escribe.

En ese contexto la memoria insurgente difícilmente encaja dentro del relato inercial y acumulativo de la *historia nacional* y viceversa, porque la primera es apenas una botón de una diversidad de historias no ligadas e, incluso, opuestas a los sucesivos proyectos de nación excluyentes, impuestos primero por los criollos, luego los bolivarianos, santanderistas y, más recientemente, por liberales, conservadores, la iglesia, los militares –de extrema derecha o izquierda– o los periodistas; todo el que tuviera un poco de poder institucional o público.

Y esto se aplica hasta en el caso de la construcción de la memoria insurgente –en libros, películas, comunicados, entrevistas–, que también crea un *efecto de coherencia* al destacar la historia de cierta línea oficial –los comandantes– que se supone encarna el proyecto colectivo, en este caso del M-19. Tal vez por eso la autora considera que su biografía da cuenta de una modesta *vida anónima*.

Su militancia guerrillera –el aprendizaje, los enfrentamientos, la cárcel, el abandono de la vía armada– es la que da cuerpo a la biografía, que termina, precisamente, cuando decide dejar su vida como militante en 1989, retorna a la universidad para escribir su tesis de grado y, finalmente, graduarse como antropóloga, con



hombres, en 1998. Pero lo cierto es que el ejercicio etnográfico y las reflexiones derivadas de esa reinscripción en la lógica de la vida civil, que no implicó su *deserción* intelectual y práctica, son las particularidades que hacen de este libro algo menos que otra historia del M-19 contada desde adentro, pero al mismo tiempo logran que sea mucho más que el relato de otra vida marcada por el nacimiento, auge y ocaso de *la organización*.

Estos acentos individuales, fundados en pequeños aciertos y frustraciones personales, son los que se escapan a los juiciosos análisis estructurales –o a la jerga analítica posestructural– de los académicos o los tortuosos procesos de paz de los políticos, o politiqueros, que son los que los hacen tortuosos. O a las conmemoraciones sintéticas y asépticas de la historia. Como esa placa de piedra que *explica* el holocausto del palacio de Justicia de 1985, que se encuentra en la esquina noroccidental de la plaza de Bolívar de Bogotá. O esa toalla de *Tirofijo* que pedía cierta directora de cierto museo y miembro de la Academia Colombiana de Historia, porque creía que ese trapo sintetizaba las razones y excesos del conflicto armado –o al menos eso fue lo que medio saqué en claro del sainete mediático–. Quizás esa historiadora honoraria asumía –o asumo que asumió– que la toalla del comandante guerrillero tenía un significado análogo al de la espada de Bolívar que un comando del M-19 sacó de una casa-museo en 1974.

La *negra Vásquez* participó en el robo de la espada, o *recuperación* como tal vez se le dijo en jerga de *la nacho* –alias la universidad Nacional– al acontecimiento. Y también en la toma de la embajada de República Dominicana en 1980. Después de ese imprevisto golpe publicitario –iban a utilizar los mismos medios arbitrarios del estado para exigir justicia con los presos políticos–, viajó a la mítica Cuba, donde fue adiestrada en técnicas de combate. Pero en el *territorio libre de América*, entre esos *compañeros*, no hubo quién le dijera “qué hacer con los sentimientos de asombro y de dolor frente a la destrucción causada –por ella misma–, nadie le contó que la maquinaria de la guerra avería el alma, que en algunos momentos, es mejor morir que sobrevivir con una carga tan pesada” (p. 224). El reconocimiento de que existía esa *carga* significa que, como dice la autora, esos militantes “tenían piel y no sólo coraza”. Esto permite ver lo *deshumanizada* que resulta esa historia-coraza del M-19, que se supone que es una

de las más conocidas entre las de los grupos guerrilleros. Pero conocida en su versión *heroica-publicitaria*, dado que la mitad de sus acciones tuvieron más de propaganda que de acción armada: desde el robo de la espada hasta el secuestro de Álvaro Gómez, o la conferencia en Los Robles que, gracias a la torpeza del ejército, el gobierno y el desconcierto de la prensa, terminó por hacerse en todos lados menos en Los Robles.

La biografía de Vásquez presenta una ventana a aspectos poco conocidos por medio de otros libros o documentos sobre el grupo guerrillero y su actividad armada. Cómo se reclutaban militantes, cómo era su vida cotidiana, cómo se construían códigos de comunicación y hábitos de conducta que les permitían vivir en la clandestinidad, en la ciudad, o sobrevivir en la cárcel. Cómo se modificaban las nociones de fidelidad, compañerismo y afecto en esas condiciones. Qué implicaba para una mujer ser al mismo tiempo soldado y madre. Y permite, además, desmitificar –sin necesidad de descalificar o recurrir al estereotipo como explicación– a esa universidad beligerante de la primera mitad de la década de 1970. Muestra las contradicciones, debilidades, dogmatismos, fallas de fundamentación y apuestas hechas por la miríada de grupos estudiantiles –*el movimiento estudiantil*– que reflejaban la atomización de la izquierda en sectas que defendían consignas, antes que programas. –Y al margen de esto, hay que abonarle a Jaime Arocha su asesoría con la metodología del *diario intensivo* que facilitó que el trabajo de grado de la *negra* rivalizara con las dotes de Funes el memorioso. Es difícil de creer el detalle al que llega esta etno(bio)grafía, y la manera como logra enlazar la narración como protagonista y espectadora de sus propios actos. Un *realismo trágico* que refleja mejor que el *mágico* lo que se vive a diario en este *tropico*–.

Pero, sobre todo, fue reconocer que también tenía piel y un corazón de madre bajo el uniforme y las cartucheras lo que hizo que ese sentimiento militarista –que “soñaba con días de gloriosos combates”–, fuera relegado para dar paso a una revolucionaria de nuevo formato, cuando tuvo que aprender a vivir sin el mesianismo de una *gran causa* que estaba por encima de la vida de los demás, y que, al parecer, le cobró la vida de un hijo.

La muerte de su hijo Juan fue el detonante de los duelos y contradicciones acumuladas, y lo que revalúa el contenido de *la causa*. Sobre este hecho no hay mayor claridad en el libro, pese a

que es el otro eje sobre el cual reconstruye su biografía la autora, además de su militancia. No es claro si el fallecimiento del hijo tuvo relación con la militancia de la madre. Y la verdad sea dicha, y aunque parezca paradójico, profundizar en esa muerte en particular no enriquecería la etnografía-biográfica o la historia interna del M-19, sino que nos llevaría hacia el mejor estilo del periodismo amarillista que ha crecido a la par de la guerra.

Lo que interesa no es la circunstancia de ese deceso, sino que para la revolucionaria-madre María Eugenia Vásquez la muerte de su hijo no fue simplemente otra estadística o una noticia más. Que no la tomó como una disculpa más para buscar venganza, sino como una oportunidad para hacer justicia consigo misma. Valorar la vida digna de la gente en general, pero también reconocer el valor de una muerte en particular, es, tal vez, lo que a la larga puede diferenciar un guerrero de un asesino – tipo Augusto Pinochet–, y sustentar la existencia del delito político y la noción de preso político.

Una izquierda que se alimente de este tipo de experiencias apoyadas en la sensibilidad de una mujer y madre ex militante, y una derecha que vea más allá de *la ley y el orden* y ese paraíso esquivo del desarrollo –sustentable, verde, coqueto o como lo camuflen para venderlo–, pueden hacer que la historia vuelva a comenzar, que el debate continúe. Por el momento, estamos atravesando por la miseria de la derecha, tal como hace treinta años conocimos la miseria de la izquierda: aferrada a dogmas, sectaria, fundamentalista y, sobre todo, triunfalista. Algunos de los *reinsertados intelectuales* han cambiado de lado, pero no han mejorado su miopía conceptual y política. Siguen siendo dogmáticos, fundamentalistas, rémoras de triunfos ajenos, y llaman *idiotas* a quienes no comparten su fe. Mientras tanto, la clase media ilustrada emigra del país, los que quedan, emigran a la ciudad. *El Tiempo* titula, como si nada, “Los campesinos en vía de extinción”. Nohra, los niños y ese individuo de bigote, desde el balcón, replican “¿No tienen pan?! No importa, ganamos la Copa América!”; y los posmodernos complementan: “¿Que en la costa atlántica gobiernan los paramilitares? Tranquilos, ¡el vallenato es una estrategia discursiva de resistencia cultural!”. ¿Qué hacer? –“Ah, no. El calvo de barba otra vez no. ¿Es que no sabe que las metanarrativas están *out*?”–.

Por lo menos, saber cómo están las cosas, pero para hacer eso hay que asumir cómo deberían ser. El cinismo de los escépti-

cos y los relativistas es un lujo que no nos podemos dar. Es preciso conocer la vieja nueva fe para poder desmontarla desde adentro. Porque una fe no se acaba quemando, apedreando o fusilando a sus predicadores, sus libros o sus iglesias, como pretende la *insurgencia* actual, y como da testimonio la *Bitácora* de María Eugenia Vásquez. Una historia personal y un testimonio de vida nacidos, aunque suene poco coherente, de una muerte. Y un recuerdo de que muchos y muchas de los que hoy podemos tener un empleo, una casa y una familia, le debemos mucho de eso a todas y cada una de esas muertes *anónimas*. No un minuto de silencio, sino toda una vida de alegría y herejía frente a la vieja nueva fe, le debemos a ese muchacho que en 1987, con su muerte, le rompió el corazón a una madre, y le regaló una vida propia y una nueva utopía a una mujer.

FRANZ FLÓREZ

Instituto Colombiano de Antropología e Historia